

Fue el olor lo que comenzó a enloquecer a Thomas.

Ni el estar solo durante varias semanas. Ni el blanco de las paredes, el techo y el piso. No fue la falta de ventanas o el hecho de que nunca apagarán las luces. Nada de eso. Le habían quitado el reloj; le daban la misma comida tres veces por día: un trozo de jamón, puré de papas, zanahorias crudas, una rebanada de pan y agua; no le hablaban ni permitían que nadie ingresara en la habitación. No había libros ni películas ni juegos.

El aislamiento era total. Ya habían pasado más de tres semanas, aunque había comenzado a dudar de su registro del tiempo, que era puramente instintivo. Trataba de calcular cuándo se hacía de noche y asegurarse así de dormir una cantidad normal de horas. Las comidas ayudaban, a pesar de que no parecían llegar en forma regular. Como si quisieran desorientarlo deliberadamente.

Solo. En una habitación de paredes acolchadas, desprovista de color con excepción de un pequeño retrete de acero inoxidable escondido en el rincón y un viejo escritorio de madera, de ninguna utilidad para él. Solo, en medio de un silencio insoportable, con tiempo ilimitado para pensar en la enfermedad arraigada en su interior: la Llamada, ese virus mudo y sigiloso que se llevaba lentamente todo lo que había de humano en una persona.

Nada de eso lo volvía loco.

Pero él apestaba y, por algún motivo, eso convertía sus nervios en púas filosas que atravesaban la solidez de su cordura. No le dejaban darse una ducha, no le proporcionaron una muda de ropa desde su llegada ni algo con lo cual higienizarse. Un simple trapo habría bastado. Podría haberlo mojado en el agua que

le daban de beber y al menos limpiarse el rostro. Pero no tenía nada más que la ropa sucia que llevaba cuando lo encerraron. Ni siquiera una cama: dormía acurrucado contra el rincón de la habitación, con los brazos cruzados, intentando atrapar un poco de calor, temblando de vez en cuando.

No entendía por qué el hedor de su propio cuerpo era lo que más lo asustaba. Tal vez porque era la señal de que había perdido el juicio. Pero, por alguna extraña razón, el deterioro de su higiene presionaba su cerebro provocándole pensamientos horribles. Como si se estuviera pudriendo, como si sus entrañas estuvieran descomponiéndose al igual que el exterior.

Por irracional que pareciera, esa era su gran preocupación. Tenía comida en abundancia y agua suficiente para saciar la sed; lograba descansar bien y hacer ejercicio en la pequeña habitación. Con frecuencia, corría en el lugar durante horas. La lógica le decía que estar sucio no tenía por qué afectar la resistencia del corazón o el funcionamiento de los pulmones. Sin embargo, su mente había comenzado a creer que su persistente mal olor representaba la irrupción de la muerte, que estaba a punto de devorarlo entero.

A la vez, esos pensamientos tenebrosos lo habían llevado a cuestionarse si, después de todo, Teresa no habría mentido la última vez que hablaron, cuando dijo que era muy tarde para él y enfatizó que había sucumbido rápidamente a la Lllamarada y se había vuelto loco y violento. Que él *ya* había perdido la razón antes de llegar a ese espantoso lugar. Hasta Brenda le había advertido que las cosas se iban a poner complicadas para él. Quizá las dos habían estado en lo cierto.

Y por debajo de esas maquinaciones yacía la preocupación por sus amigos. ¿Qué les había sucedido? ¿Dónde se encontraban? ¿Qué estaba haciendo la Lllamarada con sus mentes? Después de las torturas a las que habían sido sometidos, ¿acaso era ese el final?

La furia se deslizó en su interior, como una rata temblorosa que busca un sitio cálido, unas migajas. Y con el transcurso de los días fue brotando con tal intensidad que Thomas se encontró a veces

sacudiéndose en forma descontrolada hasta lograr contenerla y esconderla dentro de sí. No quería que la rabia desapareciera por completo: solo deseaba guardarla y dejarla crecer. Esperar el momento y el lugar apropiados para liberarla. CRUEL le había hecho eso. Les había arrebatado la vida a él y a sus amigos y los estaba usando para cumplir los propósitos que consideraba necesarios. Sin importar las consecuencias.

Y por eso, tendría que pagar. Thomas se lo juraba a sí mismo mil veces por día.

Su mente reflexionaba de esa manera mientras se hallaba sentado con la espalda apoyada en la pared, frente a la puerta —y al horrible escritorio de madera ubicado delante de ella— en lo que suponía debía ser la mañana del día número veintidós como cautivo. Siempre repetía esa rutina —después de desayunar y de hacer ejercicio— esperando contra todo pronóstico que la puerta se abriera de verdad, por completo, y no solo esa pequeña ranura en la parte inferior, por donde le pasaban la comida.

Ya había intentado abrirla infinidad de veces. Y los cajones del escritorio estaban vacíos, no tenían más que olor a cedro y a moho. Los revisaba cada mañana por si algo hubiera aparecido mágicamente mientras él dormía. Esas cosas solían ocurrir a menudo cuando tratabas con CRUEL.

De modo que permanecía ahí, sentado. Esperando. Silencio y paredes blancas. El olor de su propio cuerpo. Pensaba en sus amigos: Minho, Newt, Sartén y los pocos Habitantes que habían sobrevivido. Brenda y Jorge, que se habían esfumado después del rescate en el gigantesco Berg. Harriet y Sonia, las otras chicas del Grupo B, Aris. Acerca de Brenda y de la advertencia que le había hecho después de que él había despertado por primera vez en esa habitación. ¿Cómo había podido hablarle dentro de su mente? ¿Estaba de su lado o no?

Pero más que nada, pensaba en Teresa. No podía quitársela de la cabeza, a pesar de que con el correr de las horas la odiaba cada vez más. Las últimas palabras que ella le había dicho fueron *CRUEL es bueno* y, tuviera o no razón, para Thomas ella había

pasado a representar todas las cosas terribles que habían sucedido. Al recordarla, la ira se desataba en su interior.

Quizá toda esa furia era el último resabio de cordura que le quedaba.

Comer. Dormir. Hacer gimnasia. Tener ansias de venganza. Eso fue lo que hizo durante los siguientes tres días. En soledad.

El día número veintiséis, la puerta se abrió.